



La literatura anarquista de Alberto Ghirardo: de la libertad, de la razón y del instinto

Armando V. Minguzzi

El acercamiento a los textos literarios de los anarquistas argentinos nos instala en el derrotero de una ideología que, en sus lecturas más habituales, aparece ligada a nociones como el espontaneísmo y la racionalidad moderna. Ante estos componentes el instinto, tópico que nos guiará en esta lectura de la obra de Ghirardo,¹ se debate entre versiones cercanas a un impulso libertario y aquella que hace de él un acontecimiento bestial y regresivo. Ambas serán revisadas aquí, su disputa y la suerte que corran es lo que origina este recorrido crítico.

Apuntes para el desembarco del anarquismo en la Argentina

Haciendo un muy breve recorrido histórico podemos decir que la consolidación ideológica del anarquismo argentino, de tendencia organizativa, se dio a través de dos viajes, particularmente el arribo de dos militantes italianos: Errico Malatesta y Pietro Gori. En 1885 llega Errico Malatesta, un propagandista consumado que se queda en el país hasta 1889 y cuyo accionar da lugar a la consolidación de algunos grupos de difusión teórica y a la conformación de las primeras sociedades de resistencia, germen de los futuros sindicatos ácratas.² La década del noventa es de discusión en la familia libertaria, individualistas versus organizadores es la disputa que sobresale por esos años,³ en los cuales el socialismo marxista aparece como el más firme competidor del anarquismo en el movimiento obrero.⁴ El segun-

do arribo entonces tiene que ver con el afianzamiento de los organizadores. En la última década del siglo pasado, luego del Congreso de Capolago en 1891, el anarquismo italiano adopta como su ideología oficial el anarco-socialismo.⁵ Pietro Gori llega a Buenos Aires en 1898, proveniente de Génova, como paladín de esa línea teórica y rápidamente capta la atención de diversos jóvenes que al concurrir a sus conferencias se acercan al campo anarquista. Entre esos jóvenes figuran Montesano, que provenía del socialismo, Felix Basterra, Gilimón y el caso que nos ocupa puntualmente: Alberto Ghirardo.⁶

La consolidación ideológica aquí planteada porta consigo cierto clima de disputa en torno a algunas cuestiones teóricas. Entre ellas aparece un interesante cruce sobre el tema de la subjetividad, el que se da entre la autodeterminación del individuo y toda delegación de poder que impida racionalizar sus actos y decidir sobre ellos. El desarrollo de dicho cruce deriva, en términos ficcionales, en una de las dicotomías que se adivinan en el entramado que constituye la subjetividad anárquica: razón versus instinto. Ghirardo la instala en su práctica escrituraria, las crónicas y los cuentos son el espacio donde se la lee.

El perfil del sujeto anarquista

La concepción del sujeto, en el imaginario anarquista, está atravesada por uno de los tópicos más importantes de su desarrollo teórico-político: la negación del concepto de representatividad. Como dijimos, ante la idea de delegar poder, que trae apareja-

a que se hayan formado aquí también las dos clases de cuyo antagonismo ha de resultar el progreso social... A una clase rica y ociosa cuya única ocupación es variar y ostentar su lujo insolente, hace contraste una clase laboriosa, que después de una vida entera de trabajo, no tiene más perspectiva que la miseria ". Y finaliza señalando, para que no quede duda del lugar desde donde y a quien se pretende interpelar, lo siguiente: "Venimos a representar en la prensa al proletariado inteligente y sensato... Venimos a fomentar la acción política del elemento trabajador argentino y extranjero, como único medio de obtener esas reformas (las postuladas por el programa mínimo del Partido Internacional Obrero).", citado en Roberto Reinoso, **La Vanguardia: selección de textos (1894-1955)**, Buenos Aires, C.E.A.L., 1985, p. 23.

5 Pier Carlo Masini, **Storia degli anarchici italiani, da Bakunin a Malatesta**, Milano, Rizzoli, 1969, pp. 239-242.

6 laacov Oved, *op.cit.*, p. 140.

1 Las ediciones de los textos del autor utilizadas en este trabajo son: Alberto Ghirardo, **Gesta**, Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico Pistrutto y Malena, [c. 1900] y **Carne doliente**, Buenos Aires, s/e., 1906.

2 Gonzalo Zaragoza Ruvira, "Errico Malatesta y el anarquismo argentino", **Historiografía y Bibliografía Americanista**, vol. XVI, n° 3, 1972, p. 414.

3 Los anarco-individualistas suponen a la sociedad compuesta por individuos autónomos, subestiman las conexiones sociales tachándolas de "artificiales y superfluas" y creen que el marco de coexistencia es la armonía natural entre sujetos. En cambio, los anarco-comunistas (posteriormente anarco-socialistas) de tendencia organizativa, sector al que se suma Ghirardo, ven al hombre como una creación social, el sujeto del que ellos parten es el "asociado"; ver laacov Oved, **El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina**, México, Siglo XXI, 1978, pp. 78-80.

4 Un ejemplo de esta disputa por la conducción del movimiento obrero puede observarse en la primera editorial, aparecida el 7 de abril de 1894, de **La Vanguardia**, órgano oficial del Partido Socialista en la Argentina, que declara en torno a las clases sociales que están surgiendo en el país lo siguiente: "Todo contribuye pues,

da la representación política, los ácratas se postulan como los defensores de una libertad que parte de lo que ellos llaman la “posesión del yo”. El hecho de presentarse como los que defienden al sujeto y su inalienable capacidad de decidir su destino a cada instante hace del anarquismo un enemigo acérrimo de cualquier intento de enmarcar las decisiones subjetivas en un ámbito meramente político. En verdad, el desarrollo de la “posesión del yo” respondía a la idea de clase social que el socialismo marxista postulaba, sobre todo en los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, cuando ambas tendencias se disputaban la conducción del mundo obrero.

En este sentido es importante rescatar las palabras de quien se convirtió en el responsable del desembarco del anarco-socialismo en la Argentina, Pietro Gori. La voz de este abogado de Messina se hace oír en torno al tema a través de una respuesta a Juan Bovio, filósofo napolitano, titulada “Nuestra Utopía”. Este escrito data de los meses de septiembre y octubre de 1900, por lo que sería una respuesta hecha durante su estadía argentina. En ellas se recalca:

El auto-gobierno del individuo conducirá al gobierno directo de todos sobre las cosas de interés público: y por lo tanto a la negación de cualquier gobierno. La soberanía del individuo y la de la colectividad armonizadas funcionarán, sin órganos especiales, instituidos con el fin de conciliar los intereses (pretexto este de cualquier gobierno), puesto que los intereses serán rendidos solidarios para el mismo provecho individual, dado las cambiadas bases económicas de la sociedad.⁷

Más allá de la impronta naturalizadora de lo armónico en el desarrollo de los intereses individuales, con la que esta respuesta nos sorprende, se niega toda posibilidad de que lo estatal se transforme en un espacio de negociación de las clases sociales. Se ataca la idea de que el Estado se conciba como el lugar en donde estén representadas las distintas opiniones subjetivas y sociales, y la viabilidad de que se transforme, a su vez, en el ámbito donde se diriman políticamente sus conflictos. Gori está contestando a la representación clasista con la soberanía o autonomía individual. A la problemática relación entre lo individual y lo soberano o autónomo en clave subjetiva, que es la consecuencia de esta polémica, Gori responde lo siguiente:

El individualismo, que en el sentido del ‘liberalismo’ ortodoxo de la economía política representa el despotismo del individuo sobre la especie, no tiene nada que ver con el ‘individualismo’ deseado por el socialismo anarquista, el cual no admite más que una soberanía: aquella del individuo sobre sí mismo en el consorcio de hombres libres e iguales. Y en tal sentido todos los anarquistas son individualistas.⁸

Como siempre, en el ideario anarco-socialista, se parte de la libertad y el igualitarismo y se llega a lo subjetivo en clave de

autonomía soberana. Lo que aparece también es, en esta crítica al liberalismo, el individuo y su correlato, es decir la especie o sociedad, visto en estas líneas como el consorcio en el cual se desarrollará la máxima potencialidad del sujeto individual. En cuanto al desarrollo armónico es factible decir que la solidaridad, o sea el sustento del accionar evolutivo individual, deja de ser límite para transformarse en condición fundante de la otredad en tanto forma extensiva de la propia praxis futura.

En el ámbito de la militancia anarquista aparecen, en lo que se refiere al tema del individualismo, posturas radicalizadas, sobre todo aquellas que se escudan en teóricos como Max Stirner. Este pensador alemán, en su principal libro **El único y su propiedad**, llegaba a posturas tales como:

El hombre, desde el momento que abre los ojos a la luz, en la confusión extraña que le rodea, trata de encontrarse a sí mismo, de conquistarse a sí mismo [...] Yo sólo soy real; por consiguiente, tomo el mundo por lo que representa para mí, es decir, por mi mundo, del cual soy amo; y refiero a mí todas las cosas.⁹

La postura de Stirner toma como punto de partida también la autonomía individual. En ella se llega a definir, desde un duro antihegelianismo que se estructura a partir de la negación de Dios y del Estado, todo lo que rodea al individuo como ficticio (“Lo único real soy Yo”). El anarco-socialismo, en cambio, instala lo social desde lo solidario, entendiéndolo como un contexto donde se desarrolla la máxima potencialidad individual en forma de acciones socializantes. Los individualistas stirnerianos, en cambio, entienden la relación del individuo con las cosas como una lucha de autonomías; la única manera de lo social se da, para ellos, sólo en la conquista de sí mismo, o sea en la voluntad singular e irreductible. Gori nos descubre al individuo ante la humanidad cooperando, Stirner nos lo describe de otra manera, ante ella se impone o sucumbe.

El anarco-socialismo por boca de Gori contesta a esto en una nota titulada “Lo que queremos” de la siguiente forma:

Sin gobierno, sin autoridad del hombre sobre el hombre, sin la violencia moral de las leyes antinaturales, sin policías y sin burocracia, todos los hombres serán políticamente libres, esto es, ‘cada individuo tendrá la plena y exclusiva soberanía sobre sí mismo’ y no encontrará quien le impida cooperar al bien colectivo y podrá obrar espontáneamente según lo reclamen sus intereses individuales.¹⁰

Aquí los intereses individuales se tornan reales desde su impronta cooperativa espontánea, existe un matiz naturalizador que nos lleva a percibir todo tipo de centralismo en las decisiones como algo contrario a la evolución de la solidaridad, ésta sigue “naturalmente” la lógica de los requerimientos subjetivos. La racionalidad individual es para Stirner un ejercicio que implica imponerse, ne-

7 Pietro Gori, “Nuestra utopía”, **Obras Completas, Vol. I, Odio Vida y Amor**, Génova, C. Maucci, s/f., p. 140.

8 Pietro Gori, “Academia”, *op. cit.*, p. 289

9 Citado en: Héctor Zoccoli, **La anarquía. Los agitadores (Max Stirner-P. J. Proudhon)**, Barcelona, Imprenta de Heinrich y Cia., 1904, p. 110.

10 Pietro Gori, “Lo que queremos”, *op. cit.*, p. 236.



gando verosimilitud a todo lo que no tenga que ver con lo subjetivo. Para los anarco-socialistas la razón del individuo es una potencialidad del “yo” que se vincula a los otros. El sujeto se objetiva mediante prácticas y los demás pueden inscribirse en ellas.

Es interesante también observar, en el marco de las polémicas de época, como el tema es presentado por otros autores. Un intelectual vinculado al campo libertario, Augustin Hamon, agrega, en torno a la subjetividad del militante libertario, lo siguiente:

En la mentalidad anarquista se encuentran las cualidades siguientes: espíritu de examen, amor al yo, sentido de la lógica, curiosidad de conocer. Por consiguiente el anarquista participa del tipo razonador [...] Hasta cuando propaga por medio de la violencia y obra criminalmente, el anarquista es siempre un ‘razonador’, un ‘dueño de sí mismo’.¹¹

Al proponer aquí al socialista-anarquista como un “tipo unificado”, es decir como un sujeto en el cual ciertas tendencias priman sobre las demás dando origen a unas determinadas características, pasamos de la soberanía individual a la valoración racionalista de la “posesión del yo”. El terreno dentro del cual se discute el individualismo para esta ideología tiene que ver con una matriz dual que, como dijimos, se hará visible en la narrativa de Ghiraldo analizada aquí: razón versus instinto.

Otra de las características importantes que Hamon descubre en la mentalidad social-anarquista es la del apasionamiento: “El socialista anarquista es un apasionado... Es ‘dueño de sí’, aun cuando pertenezca al tipo impulsivo”.¹² Lo que no puede inhibirse es “la acción” en el socialista-anarquista. Su subjetividad está atravesada por un enfrentamiento entre sensibilidad y razón cuyo resultado da lugar a acciones más o menos violentas según prime una o la otra. La capacidad de reflexión del anarco-socialista no es un solipsismo a ultranza, ni un orgullo del que posee la verdad, y esto lo diferencia del resto de los mortales, sino que está inmersa en esa matriz dual de la que hablábamos anteriormente, en este caso impulso o instintivo versus reflexión. La resultante de este enfrentamiento es siempre una praxis, es decir una forma fáctica de auto-objetivarse, una aparición de “lo hecho” que torna social el desarrollo individual, lo pluraliza. Más allá de esto, el anarquista siempre será un razonador, se autogobernará, como sostenía anteriormente Hamon.

Siguiendo el recorrido de este concepto tan caro al anarco-socialismo llegamos a una publicación del ámbito nacional como el **Suplemento de La Protesta**. Es una nota de Rossotti en donde “la posesión del yo” aparece como un frente de disputa contra toda idea fanática. En dicho artículo, titulado paradigmáticamente “A la conquista de sí mismo”, el autor hace un elogio de los “aptos” definiéndolos así:

“Los aptos son aquellos que marchan a la conquista de sí mismos encerrados en un egoísmo que es lógico porque es necesario. Son los no fanáticos por ninguna idea.

El fanatismo por cualquier doctrina es una morbosidad que determina el rutinarismo (sic)

[...] No hay duda que hay que conquistarse porque el hombre, por degeneración psíquica y orgánica, se ha salido de ÉL vinculándose a todo lo externo, y lo que es peor aún, a todo lo abstracto.”¹³

Aquellas personas consideradas aptas serían, en este artículo, las que pueden superar el dogmatismo, las que pueden experimentar y extender el campo de su propia razón. Más allá de esto, en este artículo de Rossotti se ve claramente un vínculo nivelador entre conquista del yo y subjetividad. Oponer lo abstracto y lo concreto es, en este párrafo, la práctica desde donde se estructura lo subjetivo como materialidad. Si se habla de razón se lo hace en términos de experimentación individual, es decir de análisis que permite ampliar el horizonte propio.

El desarrollo de la subjetividad anarquista tiene diversos componentes, muchos revisten la forma de una estructura dual, la oposición entre individuo y multitud es una de ellas, el contraste entre razón e instinto es otra. La contrapartida de la clase social como concepto marxista da por resultado la “posesión del yo”, a través de esta idea es que la razón se torna un elemento altamente valorado. El hecho de hacerse dueño de sí mismo, que el anarquismo postula para evitar la delegación política del poder que subyace a la representatividad, esgrime una praxis racional que posibilita la acción de elegir. Alguien se auto-posee cuando vence a sus propios impulsos o instintos, cuando la claridad de su raciocinio es la que decide su destino. En el marco de la naturalización de la armonía de intereses, a la que Gori es tan afecto, acontece este adueñarse de sí mismo. Junto con la masificación lo que es vencido es esa enajenación del sujeto que el anarquismo, en tanto ideología deudora del ideario de la modernidad, ve en toda práctica regida por impulsos o instintos. La literatura del sector dará cuenta de esta intrincada relación entre auto-posesión, instinto y racionalidad.

Crónica y ficción en Ghiraldo: instinto, tipo social y regresión

Hacer de los instintos o impulsos el anclaje de las acciones de los individuos enajenados es una fórmula que está muy presente en la obra de Ghiraldo, sobre todo a partir de la ponderación del tópico ideológico de la ya citada “posesión del yo” y su consecuente racionalidad liberadora. Para justificar y cerrar el análisis hecho anteriormente sobre la subjetividad libertaria recurriremos nuevamente al autor que lleva a cabo una acabada modelización del individuo ácrata, Augustin Hamon. En él se nos brinda una caracterización de ese sujeto que nos da pistas para seguir con este eje:

“Existe en el socialista-anarquista —es decir, en el grupo de las tendencias psíquicas del anarquista— una lucha continua entre las tendencias a la acción apasionada y la tendencia a la inhibición por reflexión, por razonamiento.”¹⁴

11 Augustin Hamon, *Psicología del Socialista-Anarquista*. Génova, Carlos Maucaci Editor, 1895, p. 237.

12 *Ibid.*, p. 242.

13 *Suplemento de La Protesta*, julio de 1908, p. 8.

14 Augustin Hamon, *op. cit.*, p. 242.

La lucha que menciona este autor nos remite a la imagen de lo dual que venimos manejando aquí. Por un lado este sujeto intenta desarrollar una acción apasionada, algo que podríamos catalogar como poco racional, marcada por lo impulsivo; por otro se manifiesta esa “inhibición” que se origina en el uso de la capacidad de razonar. La convivencia de estas dos tendencias es lo que aparece en este estructuramiento dicotómico de la ficción ácrata. En ella los instintos, los impulsos o las bajas pasiones, que exhiben o portan los personajes, traen a la superficie del texto ese accionar pletórico de pasión con que Hamon describe la presencia de cierta activa irracionalidad en el sujeto anarquista.

En este marco dualista la consecuencia de las acciones que no están respaldadas por ninguna reflexión se inscribe en lo contrario del hecho de poseerse a sí mismo. El abandono de la razón trae aparejado, para los libertarios, un olvido de la propia subjetividad vinculado a una disminución de la libertad.

El tema del instinto es, sin duda, algo muy presente en los textos de Alberto Ghirardo, sobre todo cuando se ficcionaliza el perfil de algunos sujetos arquetípicos. Son varias las menciones que se hacen a este concepto en **Gesta**, un volumen de textos donde se leen cuentos y crónicas, particularmente en el apartado que lleva por título “Crónica roja”. Este último reúne la tarea periodística de este autor en su viaje al penal de Sierra Chica, una visita auspiciada por el periódico **La Nación** y que apareció sistemáticamente en sus páginas durante 1896.¹⁵ En una de estas crónicas, que lleva por título “La bestia humana”, aparece la figura del delincuente descrito de la siguiente manera:

“Es otro incorregible que nunca ha podido dominar sus ímpetus salvajes. No oculta sus intenciones porque le sería imposible dado su temperamento. [...]”

Arrastró su existencia envuelta en sombras malditas y rodó en el abismo impulsado por sus propias fuerzas: el instinto obra” (pp. 209-210).

El listado de vocablos que organizan en el texto la aparición de lo irracional y enajenador del individuo es importante; se habla *a posteriori* de “ímpetus salvajes”, “temperamento”, “abismo”, “propias fuerzas” y, coronando esta enumeración, de “instinto”. La descripción fisiológica que antecede a esta enumeración aporta también datos, se nos presenta al personaje con “cuello de toro”, “cuerpo de atleta”, “ojos que miran siempre con intención siniestra” y “manos que son garras en actitud de estrangular”. El determinismo en sus dos vertientes, la física y la histórico-grupal, va delineando a ese individuo que el narrador, al final del texto, asocia a lo animal: “la fiera, no esta aún domada ni podrá domesticarse”.

La perspectiva evolucionista de una línea de pensamiento libertaria que, ligada al positivismo, cree en la noción de herencia genética y, en otro orden de cosas, en el progreso, está clara aquí. Lo instintivo se asocia a este carácter de fiera con que se nos presenta lo humano, la imposibilidad de dominar el salvajismo que

está impresa en sus ímpetus completa este cuadro. El vínculo entre lo instintivo y lo animalesco es una clara consecuencia de esta cosmovisión de neto corte científicista que sobrevoló, con reservas y discusiones, el imaginario de estos escritores, sobre todo en lo que hace a la criminología de Lombroso, y su noción de atavismo que muchos conocían. La regresión que este sabio italiano propone como causa de la conducta delictiva asume, en sus palabras, ese matiz bestial:

“Estos hechos nos demuestran claramente que los delitos más horribles tienen igualmente un punto de partida atávico en los instintos animales de que la infancia nos ofrece un pálido ejemplo, y que, sofocados en el hombre civilizado por la educación, el ambiente y el miedo a la pena, renacen de repente sin cesar en el delincuente nato [...]”.¹⁶

Se reflejan, en estas líneas, las dos ideas más importantes que se hacen presentes en este apartado de la obra de Ghirardo, el concepto de delincuente nato y la regresión atávica, esta última ligada a los instintos animales. Nicolás Rosa, cuando describe lo folletinesco en la literatura argentina de esos años, señala lo emparentadas que estaban ambas nociones en el desarrollo de la obra de este médico jurista italiano:

“La idea clave de Lombroso —idea-clave por su repercusión en el nivel imaginario de la cultura y en la imaginación que alimenta lo literario—, el criminal nato, era el producto de una regresión a un hombre arcaico, un regreso a la animalidad que constituye al hombre y que se revela en el instinto.”¹⁷

Es, en este sentido, el propio Ghirardo quien habilita esta lectura basada en la ciencia criminológica. En el texto de ese mismo apartado titulado “De la simulación” el cronista se pregunta:

“¿Existe el hombre delincuente, el criminal nato, imposible de reformar, refractario a toda enmienda o correctivo, en quien la educación y la ilustración no influyen sino como medios de refinamiento del instinto? ¿La herencia del delito existe?” (p. 195).

Y el mismo cronista, finalizando el texto y luego de hacer la salvedad de que otros hombres de ciencia niegan la herencia genética y postulan como remedio la instrucción, se responde:

“Ahora bien: basados en los fundamentos de la escuela criminológica de que hemos hablado, el penado número 91 es un criminal nato y en su naturaleza se han operado los fenómenos de la herencia del delito.

Hijo de padres asesinos, tiene hermanos asesinos y sus descendientes serán también, como lógica consecuencia, tristes representantes de una raza condenada.” (p. 198).

15 Esta serie de relatos fueron publicados también en un volumen cuyo título fue **Sangre y oro (el presidio de Sierra Chica)**, Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico La Agricultura, 1897.

16 César Lombroso, **El delito : sus causas y remedios**, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1902, p. 501-502. Traducción de C. Bernaldo de Quirós.

17 Nicolás Rosa (dir.), **Moral y enfermedad. Un sociograma de época (1890-1916)**, Rosario, Laborde Editor, 2004, p. 45.

El ítem de la herencia genético-familiar que se ve aquí y que resultaba tan caro al positivismo opera en dos direcciones: la criminológica y la estética. A través de él se arma esta estructura dual en donde el instinto es uno de los vértices emergentes. Gilles Deleuze, en el último capítulo de su libro **Lógica del sentido**, cuando analiza una novela de Zola que se titula también **La bestia humana**, retoma dicho ítem y postula, con respecto a la dimensión instintiva, lo siguiente:

“[...] el temperamento o el instinto no designan una entidad psicofisiológica. Es una noción mucho más rica y concreta, una noción de novela. Los instintos designan en general condiciones de vida y de supervivencia, condiciones de preservación de un género de vida determinado en un medio histórico y social [...]. El instinto tiende a conservar, en tanto que expresa siempre el esfuerzo por perpetuar un modo de vida; pero este modo, y el propio instinto, pueden ser destructores no menos que conservadores en el sentido estricto de la palabra.”¹⁸

Pero Deleuze no se queda sólo con esta declaración, su análisis va más allá en lo referido a la luz que se puede echar sobre algo tan particular como es el instinto. En dicho apartado pretende desglosar, como se descubre en Zola, la convivencia de dos herencias. Una de ellas vinculada a lo que aparece tematizado y textualizado en la novela y él da en llamar “la grieta”, una fisura que se transmite por toda la novelística de este autor como la gran herencia épica de los Rougon-Macquart. La otra, la pequeña herencia es:

“[...] la de los instintos, en el sentido en que las condiciones o los géneros de vida de los ancestros o de los padres pueden enraizarse en el descendiente y actuar en él como una naturaleza, a veces a generaciones a distancia [...]. Cualquiera que sean los saltos que dé, esta herencia de los instintos transmite algo muy bien determinado; y lo que transmite lo reproduce, es herencia de lo Mismo.”¹⁹

Esta herencia que opta, según Deleuze, por la repetición de un modo de vida, ya sea para mantenerlo o destruirlo, es la que se expresa en ciertos textos ghiraldianos.

En el caso de los tipos sociales lo hereditario se comporta de una forma un tanto diferente. En el cuento del mismo apartado que se llama “El matrero”, este autor, después de describir al “prototipo del gaucho malo de nuestras pampas” con ribetes heroicos y cantado por “el romance popular”, señala, en torno a lo que representa para este personaje la vida después de su desgracia, es decir una vez ingresado en el ámbito del delito, lo siguiente:

“Después viene la lucha sin cuartel con el polizonte de campaña; esa existencia de prófugo, en la que se pierden todos los sentimientos y se despiertan todos los malos instintos, hasta caer en la vida de vagabundaje y de crimen divinizada en la leyenda.

Porque el héroe legendario, que ha impresionado nuestras imaginaciones juveniles se convierte, forzosamente,

perseguido a muerte por las autoridades del pago, en el salteador asesino obligado a robar el mendrugo que ha de alimentar su estómago.” (pp. 204-205)

¿Qué es lo que se repite aquí? ¿Cuál es la herencia que reitera la aparición de los instintos? Para dar respuesta a estos interrogantes debemos situar a la figura mítica del gaucho en el recorrido ideológico realizado en la obra ghiraldiana. El rescate de lo gauchesco tiene como fondo ese replanteamiento de lo nacional, la intención es plasmar un linaje de rebeldía y libertad autóctono. Dicha operación reinstala, en la literatura del sector, algo telúrico, más allá del internacionalismo típico de los anarquistas, como el gaucho. Su larga historia de resistencia a la autoridad y de búsqueda de la libertad que pervive en la leyenda es lo que lo hace posible, lo que le permite a la literatura anarquista reivindicar este emblema anteriormente en manos de las clases dirigentes argentinas.²⁰ En este movimiento de reconstruir una estirpe rebelde con bases nacionales, en donde se puedan reconocer los nuevos sectores nativos que se suman a la acción sindical, es donde Ghirardo sitúa su emblema folklórico.²¹ Los “malos instintos” son despertados, en este caso, por la persecución a que las autoridades someten a nuestro héroe, dicha persecución es la que lo fuerza al vagabundaje y a la actitud criminal al ahora “salteador asesino”. Si algo se repite, si algún gesto reaparece en este devenir literario a través de los instintos, es esa acción de pelear detrás de la cual aparece la valentía como valor. Contra este viejo concepto heroico del mundo gauchesco, desconocedor del orden capitalista moderno, aparece, para los anarquistas la ley. Ghirardo describe este fenómeno, los motivos que dan lugar a los delitos del héroe, de la siguiente manera:

“En el fondo de estos hechos hay una gran culpable, la justicia: y por eso vemos, al evocar la figura de estos aventureros del crimen, cruzar sus siluetas valientes, mezcladas en el entrevero de la pelea, y al pensar que ellos, los perseguidos por la civilización son los mismos [...] que en las luchas de la libertad cerraban el paso al conquistador de América, estalla en los labios la protesta viril.” (p. 205).

Echarle la culpa a la justicia de la aparición de los instintos nos descubre la melancolía por un mundo precapitalista, mundo en el que la libertad estaba antes que toda instancia legal. El armado de una estirpe gauchesca, cuyo origen se remonta a la defensa de la libertad contra el “conquistador de América”, es una forma de justificar la repetición del gesto pendenciero del actual gaucho malo. El modo de supervivencia que se repite o que se pretende repetir es el nómada, valiente y libertario de nuestros paisanos, aquellos que desde tiempo inmemorial vienen repitiendo la tradición autóctona de la rebeldía. Su obturación tiene que ver con obrar instintivamente en la actualidad, cuando el mundo burgués instaló ya una justicia propia.

20 David Viñas, “Anarquía: bohemia, periodismo, oratoria”, en David Viñas, **Literatura argentina y política**, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, pp. 220-221.

21 Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en **Ensayos Argentinos: de Sarmiento a la vanguardia**, Buenos Aires, Ariel, 1987, pp. 94-95, 2ª ed.

18 Gilles Deleuze, **Lógica del sentido**, Buenos Aires, Planeta, 1994 (1969), p. 319.

19 *Ibid.*, p. 320.

Para que quede aún más en evidencia que lo instintivo es el intento de repetición de un modo de vida ensalzado desde la ideología anarquista, preexistente a toda normativa estatal, es interesante rescatar la oposición que se da al final del texto entre duelistas pobres y ricos:

“Estos no van a la tapera a cruzar sus armas delante de cien testigos que han sido invitados a presenciar el lance, pero van al salón de tiro o a la garconière campestre del amigo rico, donde se cambian una bala delante de cuatro padrinos.

Diferencia: en el segundo caso se levantan actas que son firmadas, y el homicidio queda legalizado. En el primero, el que hiere o mata en el duelo es perseguido y encarado sin apelación. La justicia obra y el pobre gaucho, si logra escapar de su garra, es arrojado en esa vida de vagabundo errante, que hace de él un criminal y un ladrón.” (p. 207).

La justicia (burguesa), actividad que separa lo civilizado de lo bárbaro, es la que provoca la acción instintiva en este caso. Ella, que debería cubrir de igualdad a los hombres sometidos a sus decisiones, es la que provoca la añoranza de un orden previo a su mandato y de la grandeza de sus sujetos sociales. El anarquista Ghirardo pone al descubierto en su literatura, mediante el artificio instintivo, como lo estatal y su versión de lo justo, en el caso argentino, esconde la clausura de la invención, en el plano cultural, de una tradición autóctona rebelde e igualitaria que se manifiesta en el gaucho como tipo social, representativo de lo criollo.

En otros de los cuentos de este autor, que pertenece a **Gesta** y cuyo título es “Del suburbio”, la concepción del instinto esconde otra forma. La descripción del personaje principal, el sargento Serrano, es formulada también en términos duales:

“Hay en él dos entidades: una que obra por cuenta propia, cuando la voz de la consigna no suena amenazante y fatal en sus oídos y los artículos de ordenanza no cruzan ante sus ojos como cosas incontrastables: cuando obra puramente llevado por el instinto, influenciado por la levadura salvaje de su naturaleza, por la sangre con mezcla indígena, que corre por sus arterias con impulsos homicidas siempre. La otra es la entidad de cuartel, el hombre máquina [...]” (p. 56).

A la maquina automatización cuartelaria que asfixia al ser humano se le opone la entidad instintiva, es decir aquello que emerge desde el elemento metafórico de la herencia naturalista en la narrativa argentina: la sangre. En las líneas que aparecen aquí el instinto instala una herencia, en este caso más ligada a lo salvaje filogenético que a una reconstrucción repetitivo-histórica de un tipo social, como acontecía con el gaucho. La entidad que obra “por cuenta propia” es la que está ligada a los instintos, lo hereditario aquí obtura la noción de libertad que, en el ideario ácrata, se vinculaba a la opción racional de poseerse a sí mismo. El instinto hace posible una reiteración que no me sitúa en la tradición de aquellos que desconocen la autoridad, como en el caso del emblema social argentino, su consecuencia es la pérdida de la libertad, la imposibilidad de elegir. Funciona en este cuento

otra visión de lo instintivo, más ligada al canon cientificista del naturalismo, que utiliza el tópico de la repetición de conductas para esgrimir una condena moral contra todo sujeto preso de impulsos irracionales. Al final del relato, luego de la acción desencadenada por los impulsos, el sargento es desarmado por su mujer y marcha al cuartel haciendo mohínes “como un niño a quien reprende su madre”.

La visión de lo instintivo como una actitud de desconocimiento del nuevo orden y de la incapacidad de adaptarse a él, que se contempla en las dos historias, tiene dos marcos. Por un lado, en el caso del gaucho, se apela a una dimensión histórica en donde un tipo social está imposibilitado de repetir su modo de vida, el instinto aquí desencadena una destrucción. Por otra parte aparece una dimensión cientificista del instinto mediante la cual no se impide el retorno de un modo de vida, tal como decía Deleuze, sino que se niega la posibilidad al personaje de hacer uso de la racionalidad libertaria que, desde la perspectiva de este sector donde se adivina una lógica positivista, lo aleja de la barbarie.

La aparición de lo hereditario incluye, en este caso, un ámbito familiar más amplio: lo humano. No se plantea entonces el instinto desde una clave ideológica que descubre relaciones sociales asimétricas, como sucedía con la vida gauchesca, sino desde el cientificismo evolucionista que es parte de una escuela literaria: el naturalismo.

Esta segunda noción en torno a lo instintivo se lee en un cuento de Ghirardo que se conoce como “El enemigo...”, de la colección de relatos **Carne Doliente**. En dicha narración, también protagonizada por un gaucho, se cuenta cómo éste viola a la hija de un colono. El relato termina con la ejecución del protagonista, en el atrio de la iglesia, a manos del grupo de gringos que, contra la valentía del héroe de las pampas, se escuda en su superioridad numérica. Esta ficción deja al descubierto una de las elaboraciones conceptuales en torno al tema del instinto, es el narrador quien, desde una posición privilegiada, discurre sobre “el proceso de aquel estallido bárbaro y primitivo” que causa la violación:

“Sé solo que, para justificarlo, mas bien dicho para comprenderlo, evoqué, mientras marchaba, al hombre rudo de las cavernas apoderándose, violentamente, de la hembra en la noche antigua del mundo, y que mi ser entero —¿por qué no decirlo?— concibió en aquel momento, la brama, el celo, la furia, producto de savia acumulada con exceso en medio de aquella naturaleza salvaje, savia ardiente y bravía, no encontró otro cauce que el extraviado para derramarse, para confundirse en la energía universal.

La fiera, el bruto, también hace suya a la hembra matando, si es preciso, poniendo toda clase de obstáculos a un lado. Era pues, aquel, un caso de regresión.” (p.78)

La figura de la regresión con que culmina este planteamiento trae aparejada, en su desarrollo de la idea de instinto, cierta forma de historicidad que, como ya habíamos mencionado, tiene mucho de filogenético. El estallido, catalogado como una práctica del primitivismo y la barbarie, cuenta entre sus motivaciones



la del ambiente, que aquí se traduce en términos de naturaleza salvaje. Lo instintivo que este planteo del concepto postula tiene que ver claramente con una repetición. El gaucho aquí, a diferencia de aquel que se postula como un heroico tipo social, reitera el proceder habitual del hombre primitivo, cuando esto sucede el narrador lo vuelve a llamar “fiera” y “bruto”. Lo filogenético es el horizonte donde se desarrolla la marca del cientificismo naturalista, su dimensión histórica en este caso no es un despliegue hacia adelante, es una repetición de una conducta pretérita y bárbara.

De este recorrido por la obra ghiraldiana, en lo referido al tema de la regresión, cabe rescatar para nuestra lectura el final de un cuento breve del volumen *Gesta*, más puntualmente del apartado “Mosaico”, y que lleva por título “Cráter”. En él los criterios de la escuela lombrosiana son relativizados, cuando se describe un hombre que porta siempre un arma y va, inevitablemente, hacia el crimen se dice:

“Procediendo a su clasificación la ciencia ahora le indicará con el dedo señalándolo en la frente con la etiqueta respectiva donde escribirá en grandes caracteres: *criminal nato*.”

También podría determinarse de otra manera, diciendo: Es el rencor del hombre por el hombre, acumulado de generación en generación, que estalla en estos organismos feroces, así como el fuego de la tierra irrumpe por la boca de un solo volcán, en una cordillera, aunque se halle latente en las entrañas de cada uno de sus montes.” (p. 134)

En estas líneas se observa la discusión de época en torno al concepto de criminal nato, que había surgido del determinismo genético en la escuela criminológica italiana. A dicho concepto Ghirardo le antepone el tópico de la regresión, un recorrido inverso que tiene a la humanidad como su agente y contexto. El acontecer regresivo es, conjuntamente con la destructiva reiteración de un modo de vida legendario, el mecanismo ficcional mediante el cual se hace presente la herencia, en un caso se exhibe un criterio evolucionista, en otro se instala una operación político-cultural de rescate nacional.

Las dos formas ficcionales que dan lugar a la presentación de lo instintivo ya vistas en la narrativa de Ghirardo tienen un desarrollo común, en ambas lo que esta dimensión impulsiva trae a la superficie del texto es la reiteración de una conducta que, en el presente, hace imposible la libertad, ya sea como forma de vida legendaria o como aquello que me aleja de la barbarie.

Sin embargo, y más allá de esa formulación dual y hereditaria, es de destacar la marca que una pensadora como Agnes Heller imprimió a esta categoría. Ella, cuando comenta las formas con que los instintos han sido seleccionados, señala que esto responde a un “Erlebnis vital”, es decir a una experiencia de época, “proyectado en mitología filosófica”, lo que sería ni más ni menos que “una formulación o reformulación de la explicación ideológica del mundo”.²² La acción de seleccionar los

motivos que están en el origen impulsivo del comportamiento responde, para esta autora, a una clara ideologización del mundo, casi podríamos decir a un ideario en el que se insertan y se clasifican las conductas humanas. En el caso de la literatura ácrata se dan dos direcciones cuando se habla del criterio seleccionador de la dimensión instintiva. Por un lado está la repetición del gesto libertario del gaucho, cuya actualización instintiva repite el conflicto entre él y la autoridad y provoca su destrucción. En este sentido el hecho de elegir un instinto ligado a la rebeldía tiene como fondo el marcado antiautoritarismo del sector anarquista. El modo de vida al que el gesto alude es histórico, responde a un momento de la vida argentina, el intento de reiterarlo origina la imposibilidad de incluir en el orden actual a su sujeto típico. En cambio, en el espacio instintivo cuyo sostén es lo sanguíneo, lo que se reitera tiene que ver más con condiciones genéticas o filogenéticas que con órdenes sociales. El criterio seleccionador de este instinto, que en el caso del gaucho de “La traición” exhibe una marcada tendencia hacia un irrefrenable y bestial deseo sexual, tiende a inscribirse en una concepción del mundo donde se juzgue lo salvaje desde una actitud evolucionista. La brutalidad, aquí puesta en escena, está justificada, fue la abstinencia “en medio de aquella naturaleza salvaje” la que produjo esa repetición del comportamiento primitivo que cobra el nombre de regresión. Se es selectivo, en este caso, desde una visión genético-evolucionista del ser humano.

Ahora bien, la distancia que media entre el retorno trágico de una forma de vida, mediante la que se denuncia la noción de autoridad, y la revisión de lo salvaje, desde un criterio positivista, es la que separa estas dos construcciones del instinto. Una responde a la valoración de la libertad con que el anarquismo estigmatizaba toda relación social autoritaria, la otra es deudora del ideario científico mediante el que el sector ácrata se pretendió enfrentar a toda forma de metafísica o de religiosidad en el ámbito de su batalla ficcional. En ambas la consecuencia es la misma. En los dos casos lo que se reitera se traduce como pérdida de la libertad en el presente de la ficción.

En definitiva podemos decir que el instinto en la literatura ácrata es lo que imposibilita al sujeto su inserción en el nuevo orden, ya sea desde el punto de vista social o en lo referido a las reglas que enmarcan, entre otras cosas, las relaciones sexuales. Lo que su aparición repite se traduce siempre como una forma de lo irracional, ante la persecución dicho sujeto reacciona instintivamente saliendo del orden legal, cuando desea se lee en él una regresión al origen de la especie. La oposición razón versus instinto, o razón como lo opuesto al accionar impulsivo, con la que abrimos este apartado, vuelve con toda su fuerza. El instinto, en tanto reiteración de formas de vida, ya sea para su conservación o para destruirla, o como regresión del individuo hacia un estado de barbarie primitivo, responde a esa figura de lo irracional que está detrás de la enajenación del sujeto a la que el anarquismo se opuso. Razonar es, en el imaginario ácrata, la actitud que hace posible elegir, dicho comportamiento resulta, en el fondo, el germen de libertad con que el sector se enfrentó a toda conducta instintiva desde un ideario claramente vinculado a la modernidad ilustrada.

²² Agnes Heller, *Instinto, agresividad y carácter*, Barcelona, Península, 1980, p. 72.

Resumen

El presente artículo parte de una de las dicotomías con que se construye el perfil del sujeto anarquista: razón versus instinto, para analizar la literatura de un autor emblemático del anarquismo argentino como Alberto Ghirardo. En este análisis aparecen dos formas de lo instintivo: una regresiva, cercana al cientificismo positivista de época y sus derivados y otra vinculada —según Deleuze— a la reiteración de determinados modos de vida. Con la primera nos permitimos acercarnos a la pintura ghirdiana del salvajismo, con la segunda nos adentramos en la construcción de la figura del gaucho y su pertenencia precapitalista. Ambas responden a lo irracional que permite la enajenación del sujeto a la que el anarquismo opuso “la posesión del yo”.

Abstract

This paper originates in one of the dichotomies that construct the profile of the anarchist subject —reason versus instinct— to analyze the literature of a representative author of Argentine anarchism: Alberto Ghirardo. In this analysis, two forms of the instinctive appear: a regressive one, close to the positivist scientificism of that period and its derivations, and another one, linked —according to Deleuze— to the repetition of determined ways of life. With the first one, we get close to the “ghirdian” picture of the savagery; with the second one, we enter into the construction of the gaucho’s figure and his precapitalist belonging. Both respond to the irrational that allows the alienation of the subject to which anarchism opposed “the possession of the self”.

Palabras claves

Ghirardo – anarquismo – instinto